COLOR HISTORIETAS



COLOR PARA NIÑOS











LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN por Dirks

























La Prestidigitación, el Arte Sutil

TIENE INFINITAS SUGESTIONES Y ENCIERRA GRANDES ENSEÑANZAS



EL BELLO arte de la prestidigitación tiene una historia que se remonta a la antigüedad más lejana.

ARTE sutil, el de la prestidigitación, si bien presentado en circos y difundido por ellos, y por las ferias trashumantes, y luego en las salas de espectáculos tiene su historia, una historia que se remonta a la más lejana antigüedad.

Arte sutil y encantador, como el de la marioneta, como el del circo que lo albergó durante un tiempo, junto con el malabarismo, la prestidigitación ha tenido su aplicación en la vida y es hoy una de las formas de la delincuencia.

El jugador fullero, tal vez aprendió sus trampas en los juegos de mano, con naipes y dados. En cuanto a la prestidigitación como arte espectacular, tuvo y tiene cultores ilustres, y, en países como Rusia, llegó a superarse y completarse, uniendo, a los hábiles juegos fantásticos, escenografía teatral y trama novelesca.

GRAN BELLEZA

UNA explicación simple, que se halla en cualquier diccionario: "El principio fundamental de casi todos los juegos de escamoteo es el siguiente: hacer desaparecer un objeto para hallarlo en un sitio diferente de aquel donde parece haberse colocado". El arte de la prestidigitación que, agrandado, dueño ahora de infinitos resortes técnicos, es eso, lleno de infinitas sugestiones, que encierra una gran belleza y provoca en el espectador una delicada emoción. La fantasía y la imaginación de los hombres en la búsqueda continua del adorno para su vida, hallaron en la prestidigitación una distracción de calidad. No se hable ya del prestidigitador ambulante, que más tiene de malabarista, sino de los notables experimentos realizados por hombres singulares, ante la admiración de las muchedumbres utilizando no sólo el ingenio y la ligereza de las manos sino las ciencias exactas y fisicoquímicas.

Fué Julio de Revere quien, en 1815, dió el nombre de Prestidigitación a lo que hasta esa época era conocido por "magia simulada", "magia blanca", "ilusionismo", "escamoteo" y física recreativa".

Valerse de artificios para realizar aparentes maravillas. He ahí la prestidigitación.

NACIMIENTO

LA prestidigitación puede decirse que nace con la magia, con el "acto mágico". En ese sentido, Fammés y Mambrés, magos de Faraón, fueron célebres prestidigitadores. Los egipcios, los caldeos, los etiopes y los persas, conocieron las artes mágicas, de modo que la prestidigitación se remonta a muy lejanos tiempos. Y es al comenzar la era moderna que, mientras la alquimia era considerada arte diabólico, la prestidigitación perdía su prestigio terrible, unido al de la magia y era considerada como una distracción provocada por el ingenio y las habilidades de los prestidigitadores, que combinaban su destreza con secretos naturales, sacados de las ciencias químicas.

Juglares, comediantes, bufones, cómicos de la legua, payasos y caballistas de circo, aprendieron parte de esos conocimientos y difundieron por Europa la prestidigitación, que halló en París, naturalmente, la ciudad protectora de todas las artes y cosas extraordinarias en todos los tiempos, medio de desarrollarse.

Hechos prodigiosos, verdaderos milagros, que dejaban embobados a los tranquilos ciudadanos que acudían a las ferias o a las exhibiciones en los teatros, en las que alternaba la comedia con la agilidad del cabalista, la canción picaresca del juglar con la singular habilidad del prestidigitador, ducho en magia blanca. A veces, miraban con desconfianza a ese hombre que, según opinión de algunos, terminada la función, iba a las tabernas — en la puerta de una de ellas brilló alguna vez su enseña, — y allí, mediante la baraja, desplumaba a los infelices, bebiendo en jarras el buen vino de Francia, hasta que el amanecer venía a llevárselo.

EL CUBILETE

LOS primeros prestidigitadores, propiamente dicho, aparecen en París, a mediados del siglo XVIII, como "hacedores de juegos de cubilete". Tres artistas, llamados de ingenio, más tarde, con pruebas de escamoteo, de atracción de objetos, ilusionismo y otros trucos curiosos, que llamaron la atención.

Pero fué el francés Compte quien, poco tiempo después, ofreció un espectáculo variado e impresionante, con más destreza y conocimiento que los anteriores, de los experimentos extraordinarios. Compte alternó la prestidigitación con la ventriloquia. Su espectáculo fué el primero, casi completo, en su género, aunque ahora nos resultaría ingenuo a nosotros. Gracias a un hojalatero de París, de nombre Roujol, fué utilizado por primera vez el "doble fondo".

Los trucos de Jonás, Androletti y Carlotti, los tres aventureros que llevaron a esa ciudad el escamoteo, resultaron infantiles al lado de otros nuevos que descubrió el ingenio del hombre. La profesión interesó a muchos otros artistas, que trabajaron en su perfeccionamiento. Hasta la linterna mágica fué aprovechada en el arte de hacer maravillas aparentes y éste ya no quedó circunscripto a la ligereza de manos, sino que se agrandó, descubriendo sugestivos trucos y notables combinaciones de luces, sombras y líquidos. Años después, con la feliz aparición de Robert Houdin, el mago insuperable de su época, el prestidigitador vistió un traje elegante y utilizó una varita, la varita mágica. Apareció el "doble" y el ayudante. Y la prestidigitación se convirtió en un gran espectáculo.

HOUDIN, EL GRANDE

NUEVAS exhibiciones fueron conocidas en París, como "las soirées fantásticas de Roberto Houdin". El nombre de este gran artista se hizo famoso en poco tiempo. Roberto Houdin, heredero directo de la magia blanca y de los escamoteos de Jonás, Androletti y Carlotti, fué, sin embargo, el gran creador de la prestidigitación. Reveló muchos juegos de ingenio que aun hoy están en boga. Utilizó la escenografía, el "doble" y hasta el público.

En "las soirées fantásticas de Roberto Houdin" fueron conocidos una cantidad de experimentos sorprendentes, como la aparición y multiplicación de cartas, "la doble vista", "la suspensión etérea", "la botella inagotable", "la lluvia de oro", "el naranjo maravilloso", "el pañuelo de las sorpresas", "el cuerno de la abundancia" y otros verdaderos prodigios que asombraron a la gente.

Poco después, el prestidigitador fué ese hombre de frac, elegante, displicente, con los bigotes rígidos y la varita dorada en la mano, que hoy perdura en las viejas litografías. Ese hombre de la época heroica, que supo aprovechar las revelaciones de la ciencia y unirlas a los frutos de su poderosa imaginación, merece, como los primeros artistas de circo, como los primeros payasos, como los primeros marionetistas, la gratitud de todos, pues su arte, inofensivo y encantador, complicado, aunque simple en el fondo, provoca una maravillosa fiesta visual y nos lleva a un mundo de fantasía, donde cabe la emoción de lo inesperado, la aventura y el placer espiritual de alejarse un instante de la vida vulgar, para sentirse en un país de magia y encantamiento.

MODERNISMO

CON el progreso de la ciencia, los artificios de la prestidigitación aumentan y, es curioso, se hacen más irreales, abren otros caminos a la fantasía, combinándose notablemente, para producir efectos prodigiosos.

La mecánica, el magnetismo y la electricidad, contribuyeron al desarrollo y perfeccionamiento de ese arte menor, tan sorprendente, tan especial, que aun mantiene latente el interés en los públicos de las grandes capitales. Prestidigitadores chinos, alemanes, rusos y franceses —son los que más abundan— hacen auténtico academismo.

La antigua brujería rusa, "El esqueleto animado", es un espectáculo ingenuo al lado de otros, también rusos y alemanes, que, a base de escenarios, electricidad y argumento teatral, comunican al espectador una gran emoción. Tienen algo de caprichos de Goya y de Rembrandt y están ligados al marionetismo.

Se suele confundir al prestidigitador con el malabarista. Hay, en verdad, una diferencia fundamental. El primero no es sólo hábil, sino que debe poseer conocimientos científicos y un talento natural para sus combinaciones y fantasías. Debe poseer imaginación. El segundo sólo necesita destreza. El malabarista juega utilizando las manos. El prestidigitador trabaja, combina, inventa, crea. El prestidigitador tiene más calidad que el malabarista y su labor es mucho más emocionante y sutil.

VALERSE de artificios para realizar aparentes maravillas. He aquí la prestidigitación. Antes conocíase por magia simulada, magia blanca, ilusionismo, escamoteo, física recreativa, etc.

DADOS CARGADOS

MUCHO antes que la prestidigitación nació, sin duda, la inclinación del hombre a desposeer al hombre. Nació, tal vez, con la injusticia. A la categoría de "financistas apresurados" pertenece el jugador fullero. El nacimiento del jugador fullero se remonta, también, a la alta antigüedad; dicen que los antiguos egipcios conocieron los dados cargados. En cuanto al verdadero tipo de jugador fullero de nuestra época, fué magistralmente atrapado por Francisco Bret Harte, el genial autor de los "Bocetos californianos", y tiene algo que ver con la prestidigitación. El fino Oarkurst, escamoteador habilidoso, manejaba los mazos de baraja con rara soltura. Mediante juegos de manos, rápidos como la luz, despojaba a los ingenuos comerciantes del Mississipi que se acercaban a su mesa.

Oarkurst era un prestidigitador. Hubiere dejado malparados a Jonás, Androletti y Carlotti.

Como el desterrado de Pocker Flatt, otros aventureros norteamericanos, aprovecharon los juegos de escamoteo, en el cubilete y la baraja. Muchas partidas, a bordo de los pintorescos barcos a turbina, que hacían el trayecto del Mississipi, tuvieron un fin trágico.

Bret Harte y más tarde O. Henry, hablaron de estas y otras cosas tan interesantes, relativas al ingenio, la maldad, la vanidad de los hombres y la fugacidad de la vida.

LOS TRASHUMANTES

COMO hay cómicos de la legua, como hay circos pobres que hacen carpas en todos los pueblos del mundo y viven cambiando horizontes, así tiene la prestidigitación su legión trashumante y pícara, sus Alfredos Jingle y sus Andy Tuckers; así hay, pues, prestigitadores pobres y errantes, que llevan a los cines de barrio de las ciudades y a las esquinas de los pueblos, sus palomas, sus puñales, sus cajas mágicas, sus clacs desteñidos y sus conejos hambrientos.

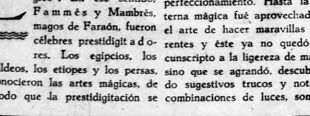
La prestidigitación trashumante conoció el circo pobre y sin nombre y el hotel del puerto. En el último dejó, como garantía, su baúl rotulado en todas las aduanas del mundo. En el primero anduvo dando tumbos en las carretas caducas, llenas del polvo de todos los caminos.

El prestidigitador trashumante suele aplicar, en la vida, sus artificios, sus conocimientos mágicos. Hay algunos casos conocidos que más vale no mencionar.

El "magicien" satánico, hipnotizador y calculista, es otro tipo definido de prestidigitador.

El "magicien" de Carlitos Chaplin — recuérdese "El circo", — es un legítimo hijo del circo. Su truco fundamental consiste en la "voz humana", escondida en el fondo de un clac, y "la calavera que habla", juegos conocidos ya en la época de Maricastaña.

El prestidigitador trashumante es el más sim[...]ico y el más triste de los prestidigitadores.

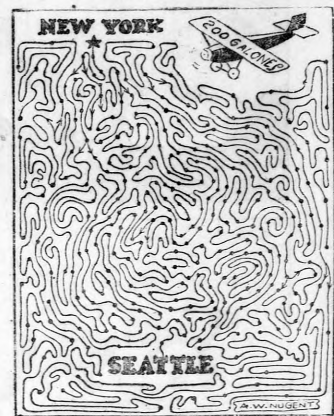


CUATRO CABEZAS OCULTAS



DOS CAZADORES han tomado una canoa para ir de caza, hasta ahora no han podido encontrar nada que llame su atención. Sin embargo, disimulados en las sombras del dibujo, hay un alce y tres cabezas de zorro. ¿Dónde están?

Viaje Aéreo de un Océano al Otro



Su aeroplano está cargado con 200 galones de nafta y debe efectuar el vuelo a través del continente, desde Nueva York hasta Seattle.

Para ver si logra hacerlo, empiece desde la estrella y trate de hacerse camino a lo largo de las líneas hasta Seattle. Cada punto significa un galón gastado. Si la línea que sigue termina, vuelva hacia la estrella y empiece de nuevo. Si llega a Seattle antes de gastar los 200 galones, gana el juego.

















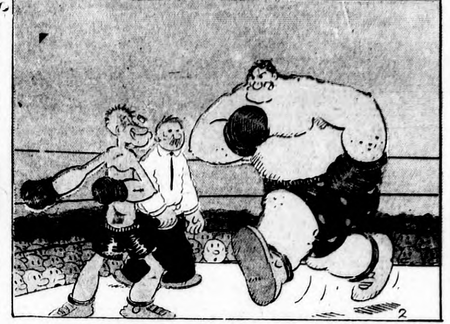


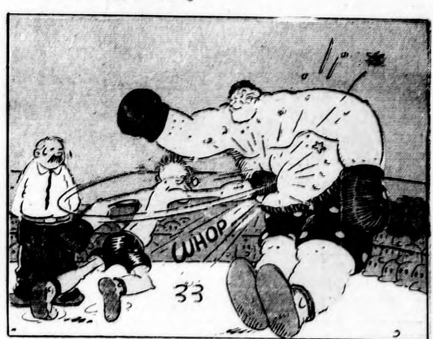




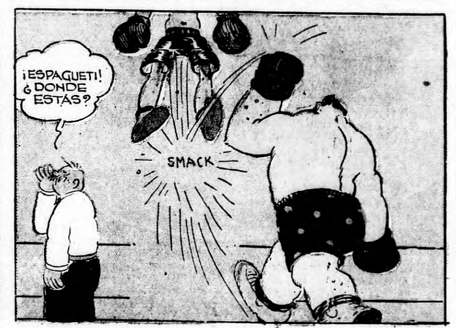
LOS LIOS DE DEDALITO Y ESPAGUETI por SEGAR

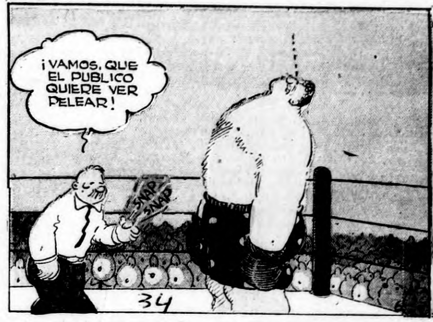


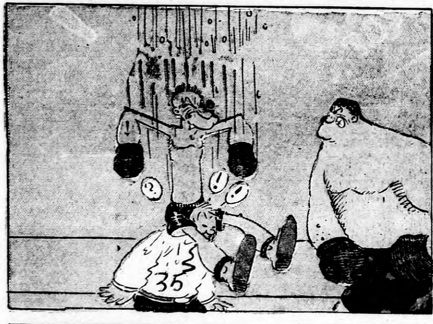


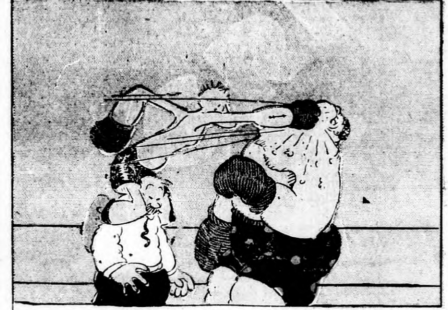


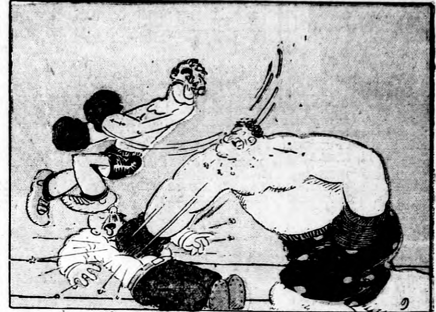


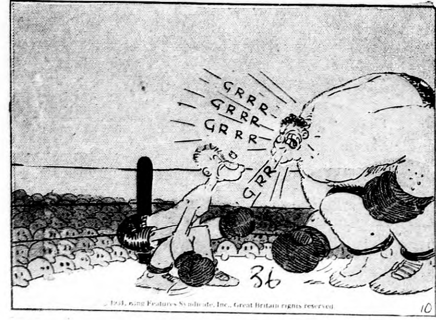


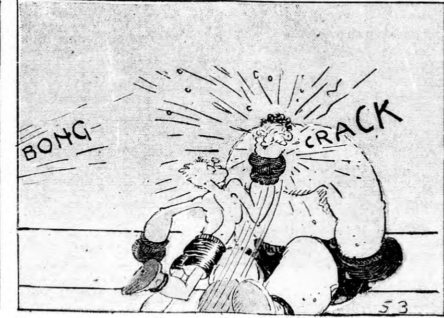














Los Hijos de la



Curuco caminaba siempre adelante sin prestar atención al frío ni a las fatigas del viaje, preocupado por el deseo de llegar a su sublime meta



Ilustraciones de **NIAHCER SEDITSIRA**

ESO sucedió en aquellos tiempos remotos cuando la tierra estaba poblada por los nartos, creados por Tga, el todopoderoso.

Eran éstos unos gigantes de fuerza sobrenatural que se destacaban por su valentía y su orgullo, pasando su vida en continuas guerras con los pueblos vecinos. El único que les infundía terror era el gran Tga, su creador y soberano. A éste le sacrificaban diariamente una víctima, uno de los nartos-antropófagos, sus prisioneros de guerra. Pero cuando no les alcanzaban prisioneros para sacrificarlos al insaciable Tga, los nartos hacían un sorteo entre ellos mismos y degollaban en el ara al que tocó la suerte.

Los gigantes pasaban una gran miseria. En aquel entonces no existían aún animales en la tierra, pues el gran Tga, después de haber creado a los hombres los dejó librados a su suerte para que se procuraran los alimentos por sí mismos, mientras que él guardaba para su propio uso los numerosos rebaños de corderos. Los nartos se veían obligados a alimentarse con hierbas y raíces, sin lograr saciar con ellas su eterna hambre. La peor época para los humanos era el invierno, cuando desaparecía toda la vegetación y cuando Tga, el todopoderoso, escondía el sol, envolviéndolo en gruesas nubes para que no mandara su calor a la tierra y lo conservara sólo para él.

EN LAS CAVERNAS

Los nartos vivían en estrechas cavernas, dormían sobre las piedras y no tenían posibilidad de resguardarse de la intemperie. Cuando el gran Tga, reclinado en las mullidas nubes y calentándose en los rayos del sol, en el colmo de la alegría soltaba una ruidosa carcajada, ésta hacía estremecer las montañas y las avanlanchas de rocas se precipitaban en los valles, dando muerte a un sinnúmero de hombres. Cuando el todopoderoso suspiraba de tristeza, una ráfaga de viento frío recorría la tierra helando hasta la médula a los pobres nartos indefensos. Las lágrimas de Tga, cuando éste lloraba de rabia, se convertían en chaparrones que agobiaban a los humanos. Pero el peor de los casos era cuando se producían querellas entre Tga y su esposa, la vieja Jimejainen, entonces se desencadenaba una tormenta, el viento con furiosas ráfagas se abalanzaba sobre la tierra, los ríos salían de sus cauces, pesados copos de nieve cubrían las montañas y los valles y sobre las cabezas de los desdichados nartos llovían las avalanchas.

LOS SACRIFICIOS

A veces los nartos se rebelaban contra Tga que, según tenían entendido, vivía en una cabaña hecha de cañas, dormía sobre las mullidas nubes, comía corderos en abundancia y se calentaba en los rayos del sol, mientras que dejaba a sus fieles sufrir toda clase de privaciones. A guisa de protesta contra Tga los nartos dejaban de sacrificarle víctimas humanas; pero entonces el todopoderoso no tardaba en vengarse de ellos, enviándoles torbellinos de nieve, avalanchas y epidemias. Y los nartos volvían a la sumisión, doblegándose bajo el peso de su destino.

Sólo un joven, llamado Curuco, no quería perdonar a Tga su injusticia para los hombres creados por él: tenía un corazón bondadoso y compadecíase de sus compatriotas, gigantes fuertes pero desamparados y esquilmados.

Curuco tomó la decisión de conseguir la dicha para los humanos. Primero quiso ganar la benevolencia de Tga, por intermedio de oraciones fervorosas y de sacrificios, pero el todopoderoso hacía oídos sordos a sus plegarias, pues vivía en la prosperidad y aun en aquellos tiempos remotos era sabido que esta circunstancia servía de obstáculo para comprender al hambriento. Entonces Curuco se rebeló contra Tga.

Una noche, cuando los nartos se reunieron junto a la caverna de su padre, un anciano sacerdote muy respetado por sus paisanos, el joven se dirigió a ellos con las siguientes palabras:

—Hermanos míos: el gran Tga se olvidó de su pueblo. Pasamos hambre y miseria y nos vemos obligados a sacrificar a nuestros prójimos para satisfacer al insaciable Tga. El, que posee numerosos rebaños de corderos y habita una cabaña de cañas, ¿no puede acaso arrojarnos del cielo un par de esos animales y un puñado de cañas? Ya hubiéramos sabido arreglarnóslas para criarlos y cultivarlos y hubiéramos vivido dichosos y en paz entre nosotros. Y en vez de sacrificar a los nartos, hubiéramos degollado a los corderos... Pero Tga es ciego y sordo: no quiere ver nuestros sufrimientos ni oír nuestras fervorosas plegarias...

En aquel preciso momento resonó un trueno y a las plantas de Curuco cayó una avalancha, amenazando desplomar al valeroso joven. Este se puso a un lado de un salto, profiriendo injurias.

NO LE TENGO MIEDO

El anciano padre de Curuco salió de su caverna y, alzando los brazos al cielo, pronunció lentamente:

—Os saludo, nartos aquí reunidos. Hoy no hemos ofrecido la víctima habitual al gran Tga y esta es la causa de su cólera. ¿Han vuelto nuestros guerreros?

—Sí — contestó uno de los presentes.

—¿Han conseguido hacer cautivo a un narto antropófago?

— No — fué la respuesta.

—Entonces no nos queda otra cosa que hacer; debemos echar la suerte entre nosotros. ¿Oís los truenos? Es que el gran Tga está encolerizado porque nos olvidamos de él.

—¿Acaso él no se olvidó de nosotros? — exclamó Curuco.

—¡Calla! — pronunció el anciano con tono severo, echando una mirada de reproche a su hijo. Vas a traer sobre nosotros la cólera del todopoderoso.

—No le tengo miedo.

—Cuidado que te va a castigar por tus palabras sacrílegas.

Curuco se sonrió sin contestar nada.

Los nartos se aprestaron a echar la suerte: sentáronse todos en un círculo ante la entrada de la caverna y uno de ellos subió a una roca que sobresalía por encima de la entrada. Allí se paró, dando la espalda a sus compatriotas, y tiró hacia abajo una piedra que fué a dar a las plantas de Curuco.

—Has sido designado — pronunció el viejo sacerdote con tristeza. — Te he prevenido que Tga no iba a dejar sin castigo semejante insolencia. Adiós, hijo mío. Nunca, jamás volverán a verte mis ojos ni oirán tu voz mis oídos. ¡Alabado sea el nombre de Tga!

Cesó el trueno y el cielo se despejó: era la prueba de que Tga quedaba satisfecho con la elección de la víctima.

—Hay que preparar la hoguera — dijo el anciano y cabizbajo entró en su caverna.

—Voy a buscar las raíces secas para mi hoguera — ofreció Curuco con tono humilde, y sin aguardar la respuesta desapareció entre las rocas.

Pero en vez de ocuparse en la preparación de su hoguera el joven bajó a las orillas del río y se escondió en una caverna, conocida sólo por él, para salvarse de la persecución de los demás nartos.

—Me has elegido como víctima — murmuró Curuco con cólera. — ¿Querías que aquellos estúpidos y cobardes me quemasen para agradarte?... A mí, el único entre ellos que se atreve a rebelarse contra ti... Con esto sólo has probado que me tienes miedo y quieres aniquilarme. Pues yo no te temo y voy a luchar contra ti...

REGION DEL HIELO

El joven narto permaneció acurrucado en el fondo de la caverna hasta que cayó la noche y todo el aúl (**) se sumió en un profundo sueño. Entonces Curuco salió de su escondite y se dirigió hacia las montañas. Escalaba trabajosamente las abruptas rocas que le desgarraban los pies y las manos. Pero la sed de venganza le daba ánimos para proseguir su camino sin parar mientes en sus dificultades.

Por fin Curuco llegó hasta la región del hielo perpetuo, donde se detuvo asombrado y mirando alrededor suyo. En este momento su vista topó con un narto-cícople que dormía en el suelo junto a la entrada de su caverna. El gigante obstruía el paso de Curuco y éste tuvo que saltar por encima de su cuerpo para poder proseguir su camino.

El narto abrió su único ojo y miró al joven preguntándole:

—¿Quién eres?

—Soy un narto del valle — contestó Curuco.

—¿Qué es lo que buscas aquí?

—Voy a ver al gran Tga.

—¿Para qué?

—Eso es cosa mía.

—Entonces vete y déjame dormir, pues he cazado un ciervo y me cansé mucho.

"Dichosos de vosotros que tenéis animales para cazar, pensó Curuco con envidia, y nosotros no tenemos más raíces".

—¿Dónde vive Tga? — preguntó al cícople.— ¿Quieres indicarme el camino?

—Déjame dormir — rugió el gigante. — Camina siempre adelante en línea recta. ¿Ves a lo lejos un campo de hielo? Allí viven los siete hijos del gran Tga que te indicarán el camino de los dominios de su padre... Y si no te vas en seguida te arrojaré al precipicio.

Curuco se alejó presuroso.

Al cabo de poco tiempo el joven llegó a los reinos de los siete hijos del todopoderoso Tga.

La oscuridad y el frío reinaban en sus dominios. Infinitas llanuras cubiertas de espesa capa de alba nieve se extendían hasta el horizonte cubierto con neblinas grises. El viento aullaba, los torbellinos y las tormentas recorrían con una vertiginosa rapidez los campos estériles, helando con sus rugidos y chillidos el alma del valeroso narto. La tristeza reinaba en las lúgubres llanuras de nieve donde no se apercibía ni un ser viviente.

Curuco caminaba siempre adelante sin prestar atención al frío ni a las fatigas del viaje, preocupado por el único deseo, el de llegar a su sublime meta; la sed de venganza, lejos de apaciguarse, ardía siempre con más fuerza en el alma del joven. Cuanto más se alejaba el narto de su valle nativo, tanta más compasión le infundían sus desdichados paisanos que, gracias a la codicia y la maldad del gran Tga, tenían que padecer eterna hambre.

SIETE SOMBRAS

De repente Curuco quedó perplejo: ante su vista surgieron siete enormes sombras que taparon la mitad del firmamento, obstruyéndole el paso.

—¿Quiénes sois? — preguntó el joven atemorizado.

En el acto se desencadenó una tormenta que levantó la nieve de los campos arrojándola a los ojos de Curuco; la risa de las gigantes sombras producía el torbellino.

—¿Quiénes somos? — distinguió el joven las voces que se le antojaron rugidos de la tormenta. — Dinos, ¿quién eres tú?

—Soy un narto del valle, llamado Curuco, — contestó éste alzando la voz para hacerse oír a través de la tormenta. Luego gritó encolerizado:

—Si queréis oírme dejad de producir este condenado viento.

Las sombras dejaron de reirse y la tormenta se serenó en el acto.

—¿Eres un narto del valle? — preguntó uno de los gigantes. — ¿Cómo llegaste a parar en nuestro reino de la nieve? Hasta ahora no ha pisado su suelo ni un solo ser humano.

—Lo hice yo — replicó Curuco con tono gallardo.

—¿Para qué veniste a vernos?

—No os busco a vosotros y ni siquiera sé quiénes sois.

—Somos los hijos del gran Tga.

—Es precisamente a él a quien quiero ver. ¿Dónde vive? Indicadme el camino.

De repente empezó de nuevo el torbellino de nieve: los siete gigantes estallaron en ruidosas carcajadas.

—Tuviste un deseo irrealizable, pobre narto, — pronunció por fin uno de ellos. —Conque, ¿quieres saber dónde vive el gran Tga?

—Sí, — contestó Curuco con voz firme.

—Por encima de estos campos y de altas montañas y peñascos, más arriba de las nubes reina el anciano espíritu, el todopoderoso Tga. Na-

(*) Ingushy constituyen uno de los pueblos de la raza chechena que vive en el Cáucaso. Una parte de ellos son cristianos, otra mahometanos y la tercera paganos. Una de las tradiciones paganas de este pueblo sirvió de base para este cuento.

(**) Nombre con que se designa la aldea en los montes del Cáucaso. (Nota de la traductora).



Pasaron muchos siglos desde el día en que el narto Curuco robó al gran Tga las cañas y los c

Tormenta

...llegó a ver su semblante. ...gún dice nuestra madre ...ejninen, la reina de las ...entas, Tga tiene un as... ...o horroroso y huraño; su ...esa cabellera está desgreñada, sus miradas se asemejan a los relámpagos y el que se atreviera a mirarle en los ojos, moriría en el acto. ¿Para qué quieres ir al reino del temible Tga, pobre narto?

POBRE NARTO

—Para robarle un par de corderos y un atado de cañas.

Las palabras de Curuco eran tan inesperadas y atrevidas que no ocasionaron risa a los hijos de Tga.

—¡Cuidado, que él podría oirte! — pronunció uno de ellos en voz baja.

—El gran Tga duerme en estos momentos — replicó otro de los gigantes. — ¿Para qué necesitas sus corderos y cañas? — preguntó luego a Curuco.

—Tga nos creó a nosotros, pobres nartos, — contestó éste — y nos mandó poblar la tierra, pero no nos dió abrigo ni alimentos. Una parte de los nartos se nutre con hierbas y raíces, mientras que los demás devoran a sus semejantes. Quiero hacer reinar en la tierra la paz y la abundancia.

—El gran Tga nos dijo que está enfurecido contra vosotros porque no le sacrificásteis ninguna víctima hoy. ¿Por qué le privásteis de su habitual tributo?

—La víctima que fué elegida para quemar soy yo, — contestó Curuco, — pero huí para venir acá. Luego agregó: ¿Por qué no vivís junto a vuestro padre y vagáis por estos desolados campos?

—Tga nos echó de su reino junto con nuestra madre.

—¿Por qué?

—Porque nuestras alegres risas y juegos lo molestaban, pues producían vientos fríos y torbellinos de nieve. Es por eso que estamos descontentos de Tga, igualmente como tú.

—Entonces ¿me ayudaréis a robarle corderos y cañas? inquirió el narto.

Los siete hijos de Tga celebraron entre sí un breve consejo en voz baja y luego uno de ellos dijo a Curuco:

LA HUIDA

—Estamos dispuestos a prestarte ayuda. Pero ¿qué es lo que nos darás a guisa de recompensa? ¿Qué tenéis en la tierra?

—Tenemos hierbas, raíces de árboles enanos y piedras.

—No necesitamos nada de eso.

—Tenemos las rocas y el río.

—Tampoco nos conviene.

—Tenemos el fuego.

—Es nuestro mayor enemigo, pues nos hace derretir.

—También tenemos las enfermedades y la muerte.

—¿Qué son éstas? No las conocemos.

Cuando Curuco les explicó el significado de las dos pabras, los gigantes exclamaron:

—Son peores que el fuego y también hacen perecer. No, no las necesitamos.



Los nartos vivían en estrechas cavernas, dormían sobre las piedras y no tenían posibilidad de resguardarse de la intemperie. Tamblaban ante las iras del gran Dios Tga y raras veces se rebelaron

—No tenemos nada más — dijo el narto con tono triste.

—Pues entonces no podemos procurarte corderos y cañas.

Curuco, cabizbajo, se entregó a sus meditaciones.

—Aguardad, — exclamó de pronto. — Tenemos otra cosa más.

—¿Qué es?

—Tenemos las muchachas nartas.

—¡Oh! — gritó el gigante contento. — ¿Son unos hombres sin bigotes ni barba? Una vez al bajar hasta los lindes de nuestro reino, he visto a una de ellas y me gustó mucho. ¿Nos vas a regalar estas muchachas?

—Sí.

—Bueno, pues queda cerrado el trato. Vamos, mientras está durmiendo el viejo. Síguenos.

Los gigantes se adelantaron levantando nubes de nieve menuda. Curuco los seguía, a pesar de que la nieve le cegaba los ojos y penetrba debajo de sus vestiduras y que el frío le hacía castañetear los dientes y le cortaba la respiración.

UN DIVINO CUADRO

El dificultoso viaje duró mucho tiempo. Por fin se terminaron las llanuras de hielo y ante la vista de Curuco se presentó un divino cuadro. En la cima de la montaña, libre de la nieve, emergía un trono envuelto en nubes. En el firmamento azul brillaba el ardoroso sol y sobre los campos celestes paseaban rebaños de corderos blancos y grises en una cantidad tan enorme que Curuco no pudo contarlos. Alrededor del trono crecían bosques de excelentes cañas; no lejos de allí se encontraba una cabaña hecha de este material y por encima del techo de la vivienda se deslizaba el humo, mientras que en el aire esparcíase un apetitoso olor a carne asada que hizo a Curuco sentir un hambre atroz.

Los siete gigantes se detuvieron. Eran más chicos en este momento y se tambaleaban de debilidad.

—Mira, — cuchicheó uno de ellos con un hilillo de voz. —Ahí está sentado Tga, que dormita triste y solitario, mientras en la cabaña se está preparando la comida para él.

—¿Y cómo conseguiré los corderos? — preguntó Curuco impaciente. — ¿Cómo arrancaré las cañas?



—Haz un esfuerzo y arráncalas. No podemos ayudarte en eso, pues somos muy débiles: el sol es nuestro enemigo más temible. Si permanecemos un rato más aquí, nos derretimos. Apúrate, pues.

Curuco apresuróse a arrancar las cañas con raíces y a arrojarlas abajo, a la tierra.

Al ver pasar cerca de él dos corderitos, le parecieron livianos y vaporosos como las nubes, pero luego sintió bajo sus dedos el velloncito, la carne y los huesos de los animales vivos. El narto los alzó en el aire y con toda su fuerza los arrojó abajo, hacia su aúl natal.

* * *

En este momento se despertó el viejo Tga. Se disiparon las nubes que envolvían su trono y el todopoderoso miró alrededor suyo. Su semblante era tan horrible, que Curuco se postró a sus plantas en el suelo, sin aliento.

De repente se desencadenó una tormenta atroz y el cielo se oscureció en el acto. Montones de peñascos se precipitaron al valle y toda la montaña se estremeció en una formidable sacudida.

Tga se inclinó por encima de una roca. Se desgarraron las nubes y las neblinas, dejándole ver abajo, en la tierra, un tallo de caña colocado en el suelo y un par de corderos que pacían en el prado. Entonces la cólera del todopoderoso no tuvo límites.

—Me robaron, — rugió enfurecido, con una voz que hizo temblar todo cuanto lo rodeaba.—De hoy en adelante en la tierra crecerá la caña y se reproducirán los corderos. Los nartos dejarán de sacrificar víctimas en honor mío y se olvidarán de mí. Un castigo horroroso e inaudito aguarda a los que se han atrevido a cometer este hurto. Oíd la justicia del gran Tga...

Bajo el retumbo de esta poderosa voz sus siete hijos se desvanecieron, mientras que Curuco se tambaleaba y temblaba de terror. Por fin, Tga tronó:

—Ven acá, Jimejninen, mi vil esposa, madre de mis siete hijos traidores.

La reina de las tormentas se doblegó ante el horrible soberano del mundo.

LA SENTENCIA

—Oye la sentencia del gran Tga — rugió éste. — El atrevido narto que se ha animado a robarme los corderos y la caña permanecerá en el reino de los ciclopeos, encadenado a una roca, hasta el día en que en los dominios de los humanos se seque toda la caña y se mueran todos los corderos. Puesto que estas plantas y animales jamás se terminarán en la tierra; el atrevido narto permanecerá eternamente encadenado a la roca. Un águila montaraz llegará diariamente a su lado para desgarrarle el corazón con su encorvado pico. Tú vigilarás al narto, sentada junto al fuego inextinguible y comiendo pan con cordero asado que no se terminarán nunca. Es tu castigo por haber dado a luz siete traidores.

La reina de las tormentas suspiró profundamente y una fuerte ráfaga de viento que se produjo a consecuencia de esto, llevó a Curuco a una lejana caverna.

Luego Tga se dirigió a sus hijos con las siguientes palabras:

—Os juzgaré con la mayor severidad. El atrevido narto que robó mis bienes pensó en lo terrestre y quiso dar felicidad a sus prójimos y es por eso que permanecerá encadenado eternamente a la tierra, a una roca. Vosotros os cansásteis del cielo en que nacisteis, y he de encadenaros al cielo para la eternidad. Los siete juntos, sin separaros jamás, adornaréis el firmamento nocturno. Brillaréis como otras tantas estrellas y desde la inalcanzable altura miraréis a la miserable tierra. Los humanos os darán el nombre de la constelación de Dardsa-Cuangidz (hijos de la tormenta) (***).

Después de esta sentensia el gran Tga ordenó a la vieja Jimejninen produjera un huracán de fuerza poderosísima. Sus siete hijos fueron alzados al aire y, a medida que se alejaban de la tierra, disminuían en tamaño, convirtiéndose por fin en luminosas estrellas.

QUEDA ENCADENADO

Pasaron muchos siglos desde el día en que el narte Curuco robó al gran Tga las cañas y los corderos, por lo que fué encadenado a una roca.

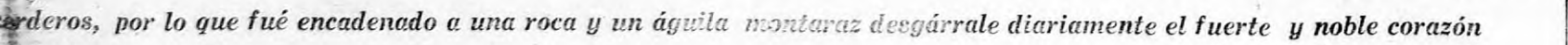
Desde entonces, en la tierra se reprodujeron muchísimos corderos y cañas y los humanos viven sin privaciones. Todo el mundo guarda hasta ahora un recuerdo grato del valeroso narto y el relato de su hazaña y de su castigo pasa de generación en generación.

Pero Curuco sigue siempre encadenado a una lúgubre roca y un águila montaraz llega diariamente a su lado para desgarrar su corazón noble y valeroso. La vieja Jimejninen vigila siempre a Curuco, comiendo ante sus ojos cansados el pan y el cordero que no se terminan nunca. El noble norto que robó los corderos para sus prójimos, jamás llegó a probar él mismo este manjar. A sus plantas murmura un arroyo pero, apenas el desdichado se inclina para apagar su eterna sed en sus cristalinas aguas, éstas se alejan de él.

A veces Curuco, agobiado por sus perpetuas penas, estalla en sollozos. Entonces, sus ardorosas lágrimas corren por las faldas de la montaña y, llegando a los valles, forman manantiales de aguas medicinales que aportan mucha utilidad a los humanos.

(***) El nombre que dan los ingushis a la constelecaión de la Osa Mayor.

FIN



...rderos, por lo que fué encadenado a una roca y un águila montaraz desgárrale diariamente el fuerte y noble corazón













UN PROBLEMA SIN SOLUCION

por Jack Knight

























La Habitación Embrujada

Aquella noche Sergio no pudo conciliar el sueño. Cambiaba continuamente de postura en su camita: ora se cubría con la frazada hasta el mentón, ora se destapaba, sofocado del calor. El sueño huía de los ojos del chico.

En la casa reinaba pleno silencio. De pronto la atención de Sergio fué atraída por un leve murmullo. Mirando a la dirección de donde procedía éste, el muchacho, con gran asombro suyo, se dió cuenta que las sillas que se encontraban en la habitación movían las patas, como si hubiesen interpretado una original danza, charlando todas a la vez en vocecitas secas.

—Un momento—gritó una de ellas —. Así no se entiende nada: hay que hablar por turno. Pido la palabra.

—Que hable — contestaron las demás en coro.



De pronto la atención de Sergio fué atraída por un leve murmullo. Con gran asombro el niño vió, que las sillas movían las patas y que charlaban entre ellas en medio de singular alegría

NIAHCEЯ

La oradora

—¿Se acuerdan, hermanas — empezó la oradora —, de nuestra infancia? En aquél entonces éramos aún abedules y crecíamos en un bosque. Nos calentaba el sol, nos refrescaba la lluvia, los pajaritos construían sus nidos entre nuestras ramas, alegrándonos con sus trinos. Qué época más hermosa fué aquélla. Pero, de repente nuestra apacible existencia tocó a su fin... Vinieron unos hombres, armados de hachas, que nos cortaron despiadadamente, sin prestar atención a nuestros quejidos ni a la savia que manaba en abundancia de nuestras heridas... Y estos sufrimientos aún eran insignificantes, en comparación con los que hemos padecido en el taller del carpintero. Este nos partía en pedazos con un serrucho y con una hacha corta y filosa, nos raspaba con un cepillo para madera, nos agujereaba con un taladro... en una palabra, nos mortificaba de mil maneras. Luego se puso a unir los pedazos con una cola caliente que nos quemaba a más no poder, para darnos la forma que tenemos ahora. Por fin, después de haber colocado en el medio de cada una de nosotras un redondel de esterilla, nos pintó, barnizó y puso a secar, admirando la obra de sus manos. Sí, queridas; hemos sufrido mucho, pero encontramos el consuelo en la idea que somos hermosas y muy apreciadas por los hombres que acuden a nosotras todas las veces que se sienten cansados. Hurrah!...

Simple abedul

—Hurrah! — uniéronse a su exclamación las demás sillas.



Otras cosas daban su opinión en medio de terrible barahúnda, y cada cual discutía sus méritos, hasta que una voz exigió silencio a las señoras sillas

—Menos ruido, señoras — pronunció con voz reposada la mesa. —¿De qué se regocijan? De que los humanos se sienten sobre sus caras, dándoles la espalda. Valiente honor. La que tiene más derecho de enorgullecerse soy yo. Los hombres se sientan siempre delante de mí, dándome la cara, y ponen sobre mí sus comidas y muchas cosas de valor. Y no soy de simple abedul, sino de nogal; por eso mi cara reluce como un espejo. Yo y mi hermano, el ropero, somos los únicos aristócratas aquí.

—¿Ah, sí? — replicó una de las sillas con sorna. — ¿Y por qué tu noble hermano está apoyado contra la pared? ¿Crees que no sabemos que lo hace para esconder su espalda que no está barnizada ni hecha de nogal, sino de pinotea más ordinaria?

El ropero, que hasta aquel momento guardaba silencio, sintiéndose vivamente ofendido por las palabras de la silla, exclamó:

Amigo fiel

—¿Acaso el pino no es un árbol tan apreciable como cualquier otro? Nadie ve mi espalda y, por lo tanto, no hay necesidad de vestirla de gala. El mérito de una persona no consiste en el atavío, sino en las cualidades interiores. Sí, señora. Soy el amigo más fiel de los dueños de casa. Lo que guardan en mi interior queda bien conservado, pues jamás permitiré que lo toque la polilla o el ladrón.

En aquel momento algo se cayó al suelo con un ruido fino y sonoro. Sergio levantó la cabeza de la almohada y vió sobre la alfombra la llave del ropero que acababa de saltar de la cerradura exclamando con tono despectivo:.

Gente de madera

—¡Cuánta importancia se da esta gente de madera... Tú, ropero, te jactas de guardar bien las cosas y no te das cuenta que, sin mí, en tu interior podrían penetrar fácilmente el polvo, la polilla y el ladrón. A pesar de ser chica aporto mucha utilidad al hombre. Además no soy de madera, material que se rompe, se pudre y se quema con facilidad, sino de hierro, material fuerte y duradero. Hay muchos metales en la tierra. El oro es el más noble, pero el hierro el más útil de todos. De éste se hacen numerosas cosas necesarias para el hombre. Entre éstas la más importante, la cama, que sirve para el descanso. Estimada tía, ¿quiére hacer el favor de contarnos su vida?

Sergio tembló de susto al sentir que la cama en que estaba acostado se balanceó, chirriando:

—Nací en las profundidades de la tierra. Mis antepasados vivían allí por espacio de miles de años, en forma de feos pedruzcos, llamados ganga, en plena oscuridad y quietud. Pero, un día, los hombres penetraron en nuestros dominios, excavaron la ganga, la rompieron en pedazos y la pusieron en una enorme estufa denominada altos hornos, junto con el carbón de piedra. Encendieron un fuego de una fuerza fenomenal que derritió la ganga. Esta, convertida en líquido, corrió abajo, saliendo luego afuera por un caño, y en el fondo de la estufa quedó el metal puro y pesado: el hierro. Este lo ablandaron en el fuego para poder dar diferentes formas e hicieron los objetos útiles: camas, llaves, clavos, etc.

—¿Y por qué no me menciona a mí? — preguntó alguien enfadado.

Sergio miró al rincón de donde procedía la voz y comprendió que la que habló era la estufa, que seguía diciendo:

—¿Le parece poca la utilidad que aporto a los hombres calentándolos en invierno? Si no fuera por mí, se morirían de frío, los pobres.

—Es cierto que el calor es necesario para los humanos, terció la palangana, desde el lavabo. Pero tampoco pueden pasar sin la higiene. Para ser sanos deben mantener limpio su cuerpo y en esta delicada tarea les secundamos yo y mi hermana, la jarra...

La infancia

—¿Te acuerdas — interrumpióla ésta — de nuestra infancia?

—Claro que sí — contestó la interpelada. — Nacimos en las capas superiores de la tierra, en forma de arcilla, y pertenecemos a la clase aristocrática de ésta. Los hombres nos arrancaron de nuestra cuna para llevarnos a la fábrica de porcelana. Yacía yo ahí, en un montón informe, cuando un día el alfarero me tiró sobre una mesita redonda, la que puso en movimiento, mientras me apretaba con las manos y me golpeaba. Sentí vértigos y estaba próxima a un desmayo. Felizmente el hombre dejó de mortificarme, colocándome en un banco. Al mirarme entonces quedé muy contenta: valía la pena sufrir para convertirme en un objeto tan bello. Al poco rato vi que el alfarero volvió a tomar un pedazo de arcilla y, colocándolo sobre la mesita, puso ésta en movimiento. Con suma curiosidad seguía yo los movimientos de las manos del hombre...

—Que me estaba haciendo a mí. — interrumpió la jarra.

—Sí, hermanita — afirmó la palangana. — Luego nos espolvoreó con sal y nos puso en la estufa encendida, donde el fuego nos quemó por fuera y por adentro. Bajo la influencia del calor, la sal que nos cubría se convirtió en esmalte que nos envolvió en una capa fina y transparente.

Todo transparente

—Gran cosa — refunfuñó el botellón parado encima de la mesa. — Yo soy todo transparente, entonces mi cuerpo está hecho de esmalte puro.

—¿Eres de sal? — preguntó la curiosilla jarra.

—¿Te parece que el esmalte se hace de sal pura? — replicó el botellón riendo. — Para prepararlo se necesita mezclar dos minerales derretidos. El esmalte que las cubre a ustedes representa la mezcla de arcilla con la sal común. El que forma mi cuerpo consiste de la arena y del potasio. El fuego los derrite y, una vez unidos, ellos forman un líquido llamado vidrio. ¿Has visto cómo hace Sergio globos de jabón?

—Sí.

Leve susurro

—El obrero de la fábrica de cristales procede de idéntica manera. Me acuerdo que para hacerme tomó un largo tubo de hierro cuya punta mojó en el vidrio líquido, y se puso a soplar por la punta opuesta, dando al mismo tiempo vueltas al tubo. La gota de vidrio crecía paulatinamente y se estiraba tomando la forma del botellón. Me sentía malísimamente y me alegré mucho cuando el hombre me apartó del tubo, cortándome el cuello, y me colocó sobre una piedra caliente, pues al tomar frío de golpe podría reventarme. Ya ven si no soy delicado. Sí, señores, los de vidrios somos débiles y frágiles pero poseemos el alma fina.

En este momento se oyó un leve susurro, parecido al murmullo de las hojas en el bosque, que procedía, evidentemente, de todos los lados del dormitorio a la vez. Sergio miró con asombro alrededor suyo y advirtió que se movía el papel que cubría las paredes.

—Es cierto señores — decía éste, — que todos ustedes son importantes. Y, a pesar de eso, al terminar su existencia, caen en el olvido, sin esperanza de vivir más.

—¿Y usted, acaso, tiene dos vidas? — preguntó el botellón con ironía.

Los humanos

—Claro que sí, contestó el papel. Primero existía en forma de género y ahora en la de papel. Los humanos nos llevaban como trajes y ropa interior durante largos años, hasta que nos convertimos en trapos, que se tiraron a la basura. Yacíamos en el montón de desperdicios, creyéndonos muertos, cuando de repente sentimos que nos asían con unos ganchos de hierro. Eran los traperos que nos sacaron de la basura para llevarnos luego a la fábrica de papel.

—¡Qué asco! — exclamó el botellón, estremeciéndose de repugnancia. Me imagino qué sucias estaban y cuánta agua y jabón se necesitó para lavarlas.

—Para este caso no hubieran bastado, — contestó el papel. Nos han hervido en tres aguas con cloro, después de habernos despedazado anteriormente. Luego nos pasaron a un tanque con agua limpia, del que salimos lavados a la perfección. Pero, los hombres aún no se dieron por satisfechos y nos mojaron con un líquido que no huele precisamente a rosas, pero, en cambio, purifica y blanquea a las mil maravillas.

—¿Y qué les pasó luego? — preguntó la mesa.



—Convertidos en una masa semiespesa, salimos por un caño y nos extendimos por un tamiz que se movía continuamente, zarandeándonos. A causa de ello toda el agua de que estábamos impregnados se filtró a través del tamiz, dejándonos más espesos que antes. Entonces nos pasaron por entre dos rodillos que nos aplastaron, convirtiéndonos en papel grueso. Puesto que era húmedo, lo estiraron entre dos rodillos calientes para secarlo y plancharlo.

Las florecillas

—¿Y cómo aparecieron en su faz estas lindas florecillas y hojas? — preguntó el botellón.

—Nos pintaron en la fábrica, — fué la respuesta. Primero nos dieron una pincelada de pintura gris, que forma el fondo, luego nos aplicaron un molde con flores, mojado en la pintura roja, y después otro, con hojas, empapado en la pintura verde. Resultó un dibujo sencillo, pero muy agradable a la vista y que comunica un tono alegre a la habitación.

—Todo está bien — dijo una voz reposada, — pero ninguno de ustedes es tan útil para el hombre como nosotros.

Sergio miró al que así hablaba y reconoció a su libro de estudios, parado en el estante.

—Somos también de papel, prosiguió éste, y tenemos dibujos...

—¿A eso lo llama usted dibujos? — interrumpiólo riendo el papel de las paredes. No tienen aspecto bello, que digamos. Son simplemente unos ganchitos negros.

Son letras

—Son letras — replicó el libro en tono serio. De éstas se forman palabras, que, uniéndose entre sí, componen el texto, que sirve para alimentar la mente y el alma de los humanos. A veces contenemos cuentos muy interesantes.

—¿Quién los pintó de esta manera?

—Los tipógrafos: untaron con tinta las letras de plomo que imprimieron luego en el papel.

—¿Fueron también ellos los que inventaron los cuentos?

—¡Oh, no! Eso lo hacen los escritores. Son personas instruídas y muy observadoras: todo lo ven y lo saben. Pórtense bien, amigos, pues algún escritor puede observarlos y describirlos luego en un libro en forma cómica.

—Eso no lo podemos admitir — gritaron en coro sus oyentes. Somos gente digna de respeto y no hay quien nos ponga en ridículo impunemente.

Se armó una bataloha de mil demonios. Sergio, asustado, se incorporó en la cama y... se despertó. Los primeros rayos solares se filtraban por la cortina de la ventana. El canario, en su jaula, alzaba al aire alegres trinos, en alabanza del sol naciente.



Una de las sillas cansada de charlar se puso a danzar y poco después perseguía a un orgulloso botellón. Entre la silla y el botellón había habido una discusión previa respecto a los méritos que podían lucir ante los demás objetos. En el cambio de palabras ambos rivales hicieron gala de hábiles oradores, y sus discursos tuvieron atención general

A. Avenarius

Ilustró NIAHCER SEDITSIRA


FB.


ACEITE DE OLIVA
COMESTIBLE
SELECTO
COSECHA
1930
ACEITE PURO DE OLIVA
Y
YBARRA
PRODUCTO
ESPAÑOL
PRODUCIDO Y EXPORTADO POR
HIJOS DE YBARRA
SEVILLA (ESPAÑA) BUENOS-AIRES
CONTENIDO NETO 1,500 LITROS